

# 40.000 dólares por una biblioteca

★ En el año 1961 ofrecimos un panorama de las grandes bibliotecas privadas con que contaba el país, a través de una serie de notas publicadas en estas páginas. Con una de ellas ya no cuenta el país, puesto que debe estar siendo desembarcada en New Orleans.

Se trata de la biblioteca del profesor Simon Lucuix, que fuera adquirida por la Universidad Central de Texas, una de las 36 universidades americanas especializadas en asuntos hispanoamericanos, con destino a un nuevo organismo universitario, el Instituto de Vinculaciones Humanas. La casa americana que fuera intermediaria para la venta, recibió diversas propuestas de las Universidades de Buffalo y de Columbia, para resolverse por último por la de Texas. Esta pudo adquirir la biblioteca uruguaya gracias a un fuerte donativo de un millonario tejano.

Son 21.000 unidades físicas (libros, folletos, revistas) consagradas en su gran mayoría a temas de historia americana, con un pequeño sector referente al Uruguay, las que han sido adquiridas por 40.000 dólares, —o sea algo más de 700.000 pesos uruguayos—, cifra nunca alcanzada por ninguna biblioteca privada de las adquiridas por el estado o por los particulares en el país.

Interrogamos a Simon Lucuix, a quien le ha quedado una casa decorada con enormes estanterías vacías.

—Los representantes de la casa vendedora estuvieron en casa, revisaron tres veces el material, y cerraron el trato. No se me pidió ni índice, ni catálogo, ni ninguna clase de información detallada.

—¿No se estudió la posibilidad de adquisición de su biblioteca por algún organismo del estado?

—Se habló varias veces, sin concretarse. En estos momentos hay no menos de tres grandes bibliotecas cuyos propietarios están deseosos de vender sin que se haya resuelto nada, y algunas (como la de Arredondo) son mucho más ricas que la mía en materia nacional. En mi biblioteca se había interesado Trillo Pays, que siempre está a la caza de los coleccionistas particulares.

—¿Cree que el estado hubiera abonado la misma suma que los americanos por su biblioteca?

—Difícil. Pero lo peor no es la fascinación del estado sino la tardanza en pagar. La Biblioteca de Cavaglia fue vendida en 180.000 pesos cuando el dólar estaba a 1,50; pero ese precio recién fue pagado diez años después cuando el dólar estaba a 11 pesos.

—La venta al exterior de su biblioteca, ¿puede estimarse una grave pérdida para el acervo bibliográfico nacional?

—En absoluto. Mi biblioteca, en un 80 por ciento estaba constituida por piezas extranjeras, y la gran mayoría de sus obras ya se encontraban en la Biblioteca Nacional, en la del Palacio o en la del Museo Histórico. No tiene sentido que en estas instituciones se vayan acumulando obras repetidas. Además, le digo, creo que resultará más útil en la Universidad de Texas, porque el servicio que las bibliotecas norteamericanas prestan a los estudiosos es mucho mejor que el que prestan las bibliotecas latinoamericanas: ponen el material a inmediata disposición de los investigadores y, mediante el servicio de microfilm, permiten que sea utilizado por todo el mundo.

—¿Conservaba piezas muy importantes?

—No muchas. Mi biblioteca era sobre todo un instrumento de trabajo, formado de acuerdo a las necesidades de un profesor de historia americana. No tenía, ni mis recursos me permitían tener, grandes rarezas bibliográficas, sino los textos fundamentales de historia del continente.

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Reemprender el trabajo de hormiga, luego de pagar mis deudas.

Si la venta al exterior de la biblioteca de Simon Lucuix puede que no signifique una pérdida importante, convendría tomar desde ya precauciones con respecto a otras que podrían seguir el mismo camino, a través de una ley que otorgara prioridades a la Biblioteca Nacional, un poco a imagen de la ley francesa. Aunque esto no impedirá la inmediata inflación de los precios de colecciones bibliográficas.